



Máximo G. Sáez

PIEL DE CIUDAD

EDICIONES



FILACTERIA

Colección

Narrativa

EDICIONES



FILACTERIA

© Máximo G. Sáez

© Piel de ciudad

Primera edición noviembre 2023

Editor de colección: Rodrigo Peralta

Diseño y diagramación: Ediciones Filacteria

Diseño de portada: Ediciones Filacteria

Imagen Portada: Jorge Cerezo /Collage Montaje /La Piel

Reg. Prop. Int. Nº: 105.476

ISBN: 978-956-9896-58-3

E-mail: contacto@edicionesfilacteria.cl

Web: www.edicionesfilacteria.cl

[www.facebook.com/Ediciones Filacteria](https://www.facebook.com/Ediciones-Filacteria)

www.instagram.com/edicionesfilacteria/

Ediciones Filacteria SpA / Santiago / Talca / Chile

UNO

el cuerpo íntimo

EL RECONOCIMIENTO

Quería empezar la novela, se lo había contado a algunos amigos a otros definitivamente les dije que estaba escribiéndola. Yo era el que menos sabía lo que pasaba, tenía tantas ganas de hacerla, o quizás se estaba escribiendo, pero ese es un cuento viejo siempre se escribe en la cabeza, está fresca la idea, es mejor que deje las tardes, no, mejor las noches para redactar, no, para terminarla, un tremendo dilema. Tal vez deba hacer un viaje y de ahí sacar material, ahora el problema es dónde. Leí hace poco unos relatos de Gonzalo León, en uno de ellos el personaje era un tipo de profesión vagabundo, de esa manera lo nombra el narrador, puede ser buen material, pero ahora a quién le interesa una novela con ese tema. Los pocos que leen andan detrás de algo que los desnude, que los provoque, les gusta el significante, es más, cuando hablo con uno de ellos pareciera que sintieran placer cuando les nombro la palabra provocar, seducir... Ahora me ha dado por producir eventos, parece seductor, ¿no? Anda mucha gente escribiendo, editando en autoeditoriales, esto exhibe una imagen en la pantalla de la ciudad completamente paradójica, se escribe lleno de ansiedad sólo para que se lea menos. Esto se lo escuché a un escritor uruguayo o argentino, no sé en esa jornada aburrida del Mercosur que se hizo en la Feria del Libro de la Estación Mapocho, y que uno, nada menos que uno, asiste. En ese lugar no falta el que te pregunta si eres librero, editor u otra güevá, pero nunca si eres escritor. Después sales de la Estación Mapocho, un poco erguido con unos papeles entre las manos, piensas que todo el mundo se preocupa de lo que haces, crees que vienes llegando de un viaje en tren desde Europa, que estuviste en las ciudades más culturales, y si un tonto pregunta si fuiste a París capaz que lo agarres a patadas. Es probable que en momentos decidas, cuando no te sale la primera página de la novela, dedicarte al cine, por supuesto a realizar cortometrajes al comienzo. Cuando ya tienes listo el primero y la crítica es más que negativa, inventas mejor un fotorrelato, involucras a algunos amigos fotógrafos y empiezas... Existen tantas maneras de cuentarse que es probable que ya tenga varias novelas escritas y aún no me entero, porque la imaginación parece no tener límites. Esto aumenta si además nos estamos tomando un *whisky*, qué ganas de decirle a varios que esto de la novela es un relato producido con sensaciones que emergen anexadas a la ciudad esquizo, la misma donde llevamos a pasear a nuestra familia. La ciudad de los *stress*, de las masturbaciones, del metro hediondo, de los panfletos que han reemplazado a la literatura de cordel, de las cinturas que se desplazan en los centros nocturnos

buscando sexo, de las bocas que tiran cada vez más saliva al hablar, de los gay que hacen literatura y postulan una ciudad homo, aun así niegan que exista literatura homosexual. Todavía nada nos queda claro. La ciudad del carrete por el Forestal, metiéndose *piola* al Bellavista mirando minas aunque vayas acompañado, fumando pitos y tomando una petaca de ron dándole a la mina que nunca quiere al inicio pero que después queda más raja que uno. Ahora hay mejor onda en la Plaza Nuñoa —me dijo un compadre que hace pinturas y las guarda bajo su catre, cree que cuando se muera llegará la crítica de arte para hablar del gran pintor—, «se tejerán historias sobre mi vida, los biógrafos inventarán porque yo les haré inventar» Cuántos de esos andan dando vueltas también en la literatura. Cuando estamos en un encuentro todos parecen ser rokeros, violentos, preparados, gay, académicos, poetas y narradores, ahora editores, que es la moda de los 90. Hace poco un poeta que entró por fin a la escuela planeta boy, pero como vendedor... decía: «Ahora todos, hasta los más tontos son carreteros, marginales, leen pornografía, asisten a los *topless*, se quedan dormidos en los bancos de los parques cansados de tanto carretear, cachea, además son todos profesionales pero no sé de qué huevá». Algunos poetas todavía creen en Rimbaud y visitan el cultural francés, aprenden algunas palabras que repiten en todo momento, se hacen amigos de alguien que hable francés para escribir largos poemas en ese idioma. Los narradores en cambio hacen lo mismo pero con el inglés, citan canciones, párrafos completos en un incoherente idioma, luego te cuentan que lo estudiaron en la Chile o en un viaje que hicieron a EE.UU. por una beca que se ganaron, a la cual sólo podía postular yo... «lo siento viejo, pero ya la universidad terminó con esos beneficios, yo correspondí a la última convocatoria» La mierda de gente, pero nos saludamos con abrazos, y casi nos llega a importar lo que están haciendo. Al final seguimos paseando por calles aburridas y limpias...

EL PRIMER REGALO

Son las 20:00 horas. Se ha retrasado más de la cuenta. Esperaba afuera de la tienda, había otras personas haciendo lo mismo. Siempre me ha llamado la atención saber a quién esperan, cuando logro descubrirlo me pregunto si después de hacer las compras irán a un motel a celebrar algo, tal vez las compras, porque ahora se celebra lo que se adquiere. Mientras reflexionaba apareces por fin, te confieso que ya estaba por irme, era demasiado esperar ahí con tanta gente que sólo mira pasar a otras que se mueven brusco entre medio de más gente.

Me dijiste que ya no será necesario entrar a la tienda porque el regalo estaba comprado. Me llené de curiosidad pero no me dejaste abrirlo hasta cuando estuvimos en mi departamento. Preparaba un trago cuando dijiste que era el momento de abrir el regalo; creí que eso nunca podría ocurrir dejé todo de lado y me abalancé sobre el paquete, sentí algo duro pensé que era el envoltorio pero descubrí asombrado que el obsequio era nada menos que una contestadora telefónica. Me dijiste que esto lo necesitaba, que vivía solo y no había nadie que respondiera las llamadas, me hablaste también de mi tranquilidad, creo que fue lo que más repetiste. La instalamos de inmediato estaba ansioso de que alguien me llamara, durante toda la tarde hicimos el amor varias veces, sin embargo nadie llamó. Te dije que era mejor que te fueras porque tenía que seguir trabajando, menos mal que entendiste. Yo sabía que era mentira que quería estar solo para tomarme el último trago esperando una voz en mi contestadora. Había grabado, utilizando tu tono por cierto, un mensaje simple: «Usted llamó a la casa de... deje su mensaje y su número telefónico, cuanto antes le devolveremos el llamado, gracias». La voz de una mujer pareciera que te da más relevancia en el medio en que me muevo, porque pueden creer que tengo una secretaria a la cual le doy trabajos y más trabajos y después me la pesco, le subo la falda cortita le bajo los calzones diminutos, porque ahora todas andan con calzones chicos y luego se lo meto.

Me fue gustando la idea de tener una contestadora con voz de mina, no por querer parecer mina sino para cuando llamaran los calientes del club de amistades en que me había inscrito, contestara una mina y cuando sea una mina la que llame se encuentre con la voz de otra eso me producía enorme placer. Dejé de visitar a algunos compadres porque sólo quería estar atento a la contestadora. Eso provocó que gran parte de mis amistades creyera que estaba loco, que no quería pescar más. Ellos no sabían que por la contestadora me había hecho de un importante y nuevo grupo de amigos que sólo funcionaba a través de la línea telefónica y que mi contestadora ya empezaba a reconocer sus voces. Una tarde en qué estaba solo mirando el techo me llamó una minoca quería juntarse conmigo, conocerme, dejaba ver que deseaba hacer el amor también con mi pareja, su voz parecía desesperada me limité a sacar conclusiones sobre la edad que podía tener, me calenté cuando entre mis deducciones apareció una chica de unos 18 años. No puede ser a esa edad siempre les sobra el sexo por lo tanto tiene que ser una mujer mayor con voz de niña. Esperé que pasaran las horas y

así llamarla por la noche. Cuando me decidí a hacerlo escuché una voz de hombre en una contestadora que decía las mismas palabras con voz de mujer de mi contestadora, quise dejarle un mensaje erótico pero después sólo atiné a dejar mi nombre algo aturdido.

Había caminado mucho el día previo a mi cumpleaños gestionando los últimos preparativos para la celebración cuando llegué al departamento puse agua a hervir para tomar un té, saqué unas revistas de crítica cultural para leer algo mientras hervía el agua, en eso me acuerdo de la contestadora, coloqué *play* y atento en el sillón empiezo a escuchar los mensajes. El primero era del típico compadre que te llama para saber cómo estás, luego una mina que no te ha visto en el bar de don Pepe, otro más extraño sobre los valores del hombre emitido por una agrupación de nombre inglés que no sé de dónde sacó mi número, también apareció una voz que hablaba de crítica literaria, de lecturas que había realizado, me recomendaba temas para investigar, me llamaba amigo. Quise retroceder la cinta pero todo se había borrado, quedé medio aturdido preguntándome de quién sería esa maldita voz, sospeché de algunos de mis amigos pero descarté rápido la idea porque éstos ya no me telefoneaban. Salí al balcón para tomar aire y pensar en algunas obras de escritores jóvenes quería marcar una similitud entre *la novela de sitios* y la llamada recibida por mi contestadora, establecí que todo era una mierda y que la máquina contestadora además se parece en lo lúdico a ti.

VIAJES SIN MÚSICA

La tarde fue más larga que de costumbre. Eso estimo en el momento que desperté de la siesta medio transpirado por el calor del verano. No me quise masturbar, luego llamé, sentí ganas de juntarme con alguien no encontraba a nadie en su casa, algunos arrendadores no contestaron nada bien. Bajé en el ascensor, la calle se ofreció vacía, dirigí los pasos al bar de siempre, no tenía pilas mi *personal stereo*. Menos mal que encontré al Roberto en el bar, aunque no es de esos tipos con los cuales suelo tomar un trago pero las circunstancias hicieron que me alegrara más de la cuenta cuando lo vi. Siempre tiene un cuento con mayúscula para contar, empezó por su viaje al norte, más bien dicho por su viaje a Bolivia, había parado sólo unos días en Iquique porque fue a encontrar la esencia del misticismo, en ese momento tuve la sensación que me estaba puro cuenteando, o quizás había leído recién «Los pasos perdidos», de Carpentier, de ahí para delante lo entendí es más me dio pena escuchar su voz sacada de los panfletos católicos

de la década de los ochenta. Había estado con grupos étnicos que tocaban música de fusión cantaban súper poco porque querían hacer notar sólo el ritmo. Otro trago más y otro, la noche estaba encima del bar y la borrachera me lanzó a un viaje que iniciaba en un tren de tercera sin saber el destino, sin saber con quién iba acompañado. El tren estaba apeestado de gente, en los pasillos, en las pisaderas, bolsos y paquetes mal envueltos por todas partes, ruidos de niños jugando a las bolitas en el carro, unas discusiones y garrafas que se levantaban para celebrar no sé qué mierda porque con la bulla no alcancé a escuchar. El tren no era negro como el de las películas de terror, sino que café igual que los cargueros de la Amazonia que suben grandes alturas para encontrarse con el cielo (esa frase la saqué de un titular de una revista de diario). Ahora cambiamos de dirección nos adentramos por unos pasillos angostos rodeados de árboles que no se conocen en la zona, mis compañeros de carro se asomaban para sacar ramas que el tren movía por la velocidad (típico de relato malo). Cuando salimos de los pasillos nos encontramos, ya más lento, entrando por Plaza Italia penetrando la tan conocida Alameda, el tren tomó Huérfanos y luego se desvió por San Antonio, no sé para qué hizo ese cambio de dirección si después volvió hacia el norte («siempre se vuelve hacia el norte», recordé una frase del negro). En medio de Ahumada de eso que es nombrado como paseo, todos nos abalanzamos por las ventanas, sacamos los brazos y medio cuerpo tratando que nos miraran. La gente corría siempre con paquetes de casas comerciales entre sus manos, muchos gritos y ruidos extraños que a veces nos atemorizan, unos locos bailando con una radio gigante afuera de un caracol. Una torre de vidrio donde todo el tren se reflejó justo cuando lanzaba aullidos y botaba un espeso humo negro desde su locomotora. Quería anotar cada gesto que se producía en los rostros de las personas, de los lanzas que arrancaban con la cartera de una mina que se quedaba sentada y llorando. Tuve la impresión que todo iba más rápido que la velocidad del tren. Las cámaras de vídeo recogiendo la pornografía de la ciudad, la policía fumando oculta detrás de los kioscos de diario. Los vagabundos meando las puertas de los bancos, otros hablando por teléfonos celulares con la secretaria que en la oficina se masturba con las palabras de su jefe que la invita siempre a tomar un café después de la hora del trabajo para meterse sin que sean vistos a un motel del centro. Las mujeres se ven menos aceleradas a lo mejor existe la coincidencia que a todas les llegó la regla el día que nuestro tren se paseó por la ciudad. Grandes afiches luminosos son exhibidos en los edificios, las letras se mueven lento para seducir a los paseantes de rostros sin gestos ni miradas. El anuncio decía: «desnudo total, las mejores chicas de la ciudad a su servicio...» «las violaciones

pronto no serán pena4das», una agrupación con un nombre que no alcancé a leer firmaba, el presidente es homosexual porque escogió puros ministros. Propagandas de vacaciones invitando a incorporar a los *tours* de intercambio de parejas. Agencias ofreciendo muchachos para viejas calientes, mujeres introduciéndose el dedo meñique debajo del pantalón para promocionar el nuevo tema de un cantante brasileño. La señora que ocupaba el asiento del lado, no sé cómo pero ya tenía desabrochada la parte de arriba de su vestido, me dijo que ella conocía los lugares donde se juntaban a fumar pitos para después armar partusas, me dio risa me acordé de unos amigos que siempre andan detrás de los sitios oscuros de la ciudad.

LA CREACIÓN (en dos partes)

Algunos han asistido a talleres literarios

Casi me enamoro. En la esquina de calle Dieciocho con Vidaurre se asomó la primera parte, no tenía color pero supe que me guiaba, me desplazé rápido, la música se filtró por toda la bóveda, fui con placer colocando los pasos en una agua podrida, ratas con ojos reventados se asoman curiosas, les toco la cara y les tapo el hocico. La bóveda se movió para señalar la llegada de K, nos dimos la mano como dos grandes y viejos amigos. K apretó un interruptor, comenzó una lluvia de luces con brillos extraños, puse la espalda en el sector de las tuberías, crujó un montón de chatarras cuando apoyé el cuerpo entero. ¿Por qué tan cansado? —pregunté a K.

—Tengo que armar un par de paisajes, necesito tu colaboración, varias personas esperan habitar pronto el lugar, pero sin paisajes es imposible.

—¿Ellos conocen el verbo «Habitar»? No comprendo, pensé que era desde antes de los verbos lo que querías iniciar conmigo.

—Desde antes es perder las zonas marcadas, es no reconocer que el segundo período de la historia se está haciendo, y es por eso que estoy aquí para terminar lo que necesitan los hombres.

—Lo que necesitan los hombres son más televisores, pantallas gigantes para que miren afiches con textos de colores, imágenes frías, paranoia colectiva, películas de tornados, desnudos con sexo sin amor. El hombre tiene todo y más de lo nombrado, sé que me quieres contestar; pero te invito a improvisar una ciudad sin pudor ni asco, seguro te encontrarás con otro territorio. K, tú sólo quieres enmascarar el proceso y ceder a escondidas a lo que la sociedad castiga como inmoral. Todo

es necesario expresarlo con éxtasis, no se puede distribuir sólo de esa manera el placer. Existe el hombre que no lo conoce.

—Como K mi responsabilidad es recoger las sugerencias para posteriormente consultarlas con mi equipo editor, ellos seleccionarán lo que cumpla con el perfil de nuestro proyecto, pero también es posible que no seleccionen nada. Todo depende de la fecha en que se reúnan. *Ellos siempre andan ocupados*, pero si se lo solicito es posible que se tomen un tiempo.

—No deseo el tiempo de tus editores, yo colaboraba contigo, quería exponer algo de mi discurso, distribuirlo. Existen varios territorios en el planeta. K, usted no se da cuenta que las producciones en esos márgenes que desconoce se están editando, cuentan con los paraísos de zonas libres donde es posible inventar un río o un lago de trago importado, edificios inclinados saludando a los consumidores. Toda la mierda que se venga hacia nosotros.

—Te vuelvo a reiterar. Como K tengo una imagen de las cosas que he creado, carreteras, metros, supermercados, *malls*, canales de T.V. Comprar incansablemente y con tarjetas de crédito, en definitiva es la creación de la homogeneidad, es algo sencillo, cuando quise que se dividiera todo me di cuenta que significaba más trabajo, mis asesores reclamaron y me pidieron más beneficios, cuestión que lógico no podía acceder, entonces decidí que todo se redujera y desde ahí emanara la imagen y las proyecciones políticas, económicas y culturales, todo fue más fácil, nos concentramos sólo en un sitio global, colocamos lo que queremos y después lo expandimos, te cuento, con este método nos ahorramos tiempo y problemas.

—Nada me sorprende, reducir la complejidad a lo absurdo, impedir la diversidad, las tribus que sólo las ideas ambientales las une, esa caída del piso 20 gritando mierda a la ciudad no puedes negarla, hemos creado espacios de verbos sobre los tuyos, nos hemos contaminado en tus caminos de la compraventa, de los ritos y los ascensores que saltan del piso 1 al 26. Nada es ajeno se siente placer estar en las esquinas a veces medio borracho, buscando la segunda parte para volver a enamorarme. K, tú sabías quién era yo ¿por eso me hiciste entrar a la bóveda? Estamos fusionando las máscaras, de gafas oscuras y de colores, creo que te hemos ido ensuciando.

—Brillantes ciudadelas metidas entre la multitud, no puede ser, los hombres no quieren intranquilidad, yo les ofrezco todo, de ustedes sólo unos pocos saben.

La segunda parte no la encontré en la calle, sino que en un cuarto súper iluminado, silencioso, con unos muebles descoloridos y un televisor grande de blanco y negro. Cuando en la calle me encontré con

la primera parte que era minúscula aventuré que seguían muchas partes más, sin embargo, ahora estoy en esta sala callada, ante todo el resto de la imagen, no se puede clasificar, no tiene belleza ni euforia, no me invita a entrar. Nos miramos fijo largo rato, se acerca lento se sienta en mis piernas la abrazo y desplazando mis uñas por unos sitios nuevos voy penetrando en unas brumas de vapores espesos choco contra las paredes de un castillo gótico me fijo que al frente existe otro, que la callejuela se forma gracias a los castillos, se ve cómo la luna brilla tradicionalmente en los adoquines mojados por la niebla. Salgo inquieto buscando la imagen que amaba la que se sentó completa en mis piernas y me hizo encontrar el placer entre tanto silencio. Carros antiguos se movían por la ciudad, los hombres vestían con abrigo y sombrero. Un sujeto gritaba el periódico del día, habían descuartizado a la enfermera de la clínica Alemana en el pasillo que da frente a la U.T.I. Se cree que el asesino es un enfermo psíquico que se escapó del recinto el día del crimen. Abordé un taxi con el diario abierto en la noticia del asesinato miro constantemente las calles, el taxista gira de un toque la cabeza... pero ¿no es usted el señor Holmes? Qué placer, anda investigando el caso de la enfermera asesinada ¿no es cierto? Mire, creo que fue el doctor, ese que hizo las declaraciones, se notaba muy nervioso, mire, señor Holmes, hágame caso, no se vaya tras las pistas del loco como anda la policía, usted ha resuelto casos más complejos, el de ahora debe ser distinto todos creen que fue el loco el asesino, en cambio el verdadero asesino está libre y puede estar planeando un nuevo crimen. Menos mal que se enteró pronto del hecho ahora la ciudad estará más tranquila con su presencia. Recuerde que el loco no fue, le voy a entregar un detalle crucial para su investigación, la enfermera muerta no usaba ropa interior y se comentaba que era asidua a las fiestas nocturnas, además cuando fue hallada su aro de la oreja derecha no se encontraba, anote las pistas, señor Holmes. Aquí tiene que bajarse.

Me bajé inquieto, hace tiempo que no había obedecido con tanta rapidez, pero el hombre del auto parecía confiado de lo que dijo, me llamó señor Holmes. Miré nuevamente la foto del periódico donde aparece la mujer asesinada. Era un rostro bello, mientras reflexionaba supe que había semejanza con el de la imagen que me había conducido a este lugar, entonces yo debía encontrar al asesino de esa manera podría volver, al menos a la habitación iluminada de antes, parece que fue el sitio de partida. Esta ciudad es fría, mucha gente reunida en los portales, otras con bolsos en dirección a sus casas se meten en grandes escaleras que dan la vuelta a edificios, de pronto una luz se enciende en una ventana, se nota que la persona llegó a su pieza. Si yo hago lo mismo ¿existirá una habitación donde pueda entrar y encender

la luz? Comencé a subir la escala, los espacios sobran al igual que la oscuridad. Me introduzco en una puerta entreabierta. Una nota en una mesa se dirigía a mí. «En media hora más estoy con usted». La verdad es que deseaba que estuviera dirigida a mí, eso me confirmaba que la habitación a la que había entrado era la mía. Me tendí sobre la cama y alcancé el teléfono, marqué el número de Mirtha y un operador del otro lado de la línea contestó que ese número no existe, que la numeración en la ciudad sólo tiene 4 dígitos, me recomendó que buscara en las guías que se encuentran bajo el ventanal. Cresta, cómo pudo saberlo o es que en la ciudad se suele dejar las guías bajo los ventanales, saqué un cigarrillo y empecé a buscar fuego para encenderlo en eso alguien coloca su chispero metálico a media llama y con un gesto me la ofrece. Soy Mister Harry, di un paso atrás para evitarlo, él entendió que me había asustado. Con palabras sacadas de diccionario antiguo se disculpó. Me ofreció una silla, él tomó otra, cruzamos las miradas mientras yo fumaba más rápido que lo usual. Señor Holmes, comenzó, «soy la persona que usted debe encontrar, es decir, el asesino de la enfermera de la Clínica Alemana, la verdad es que yo también lo necesitaba encontrar. Mire, le explico, el asesinato fue planeado sólo para que nosotros nos halláramos en esta habitación y conversemos del crimen, ¿qué le parece si le cuento cómo maté a la enfermera? Ella era conocida mía y suya también. Una noche en que salimos a juntarnos con otros amigos le regalé un arete y le solicité que no se lo quitara nunca, esa noche ella bebió más de la cuenta y cuando bailaba con uno de los amigos empezó a quitarse la ropa, se había excitado a tal extremo que en pocos segundos todos comenzaron a gritarle palabras obscenas. Ella respondía con una danza erótica luego fue donde una pareja que estaba tendida en un sillón y los masturbó, se tragó todo el semen del hombre, después quiso que yo le hiciera el amor pero no acepté por ningún motivo, me trató de poco hombre, eso alentó a los demás para que me gritaran insultos y me lanzaran agarrones, mientras ocurría mi vejación ella se tendió en la alfombra y pidió que la penetraran, preferí huir del lugar pero antes de salir alcancé a ver cómo cinco de los hombres que se encontraban en la reunión comenzaban a complacerla. Es por eso, señor Holmes que al matarla le propicié cinco estocadas, el número y el placer fueron para ella su maldición. Ahora dígame, ¿usted no hubiera hecho lo mismo en una situación parecida? Por lo que he sabido de usted, pienso que sí. Ahora que acabo de confesarle el crimen usted debe completar la escena castigando al culpable que soy yo, pero antes, señor Holmes, tiene usted que entregarme su opinión, no crea que soy un loco que puede seguir cometiendo asesinatos, sin embargo le confieso que se siente un placer único cuando la víctima se humilla y se ve cómo la vida se le escapa

producto de la obra creada por uno. Por favor, señor Holmes, no vaya a pensar que soy un desquiciado, psicópata o exhibicionista, nada de eso. Ya todo está dicho, ahora le toca a usted imponer el castigo».

Señor Harry, estoy francamente impresionado con su relato, nunca esperé que usted fuera a contarme todos los pormenores y detalles del asesinato de la enfermera, es por eso que el castigo que amerita su obra, si es que se puede llamar de esa manera, se hace todavía más complejo, mire, un castigo racional y social sería llevarlo al lugar del hecho y hacer con usted lo mismo que hizo con la enfermera, así la sociedad se vería resguardada y los asesinos irracionales como usted serían castigados con la mano de la racionalidad, en consecuencia el crimen disminuiría por temor a ser asesinado de igual forma. Ahora bien, usted me ha confiado su crimen, veo que desea que yo le aplique el castigo, podría preguntar por qué me eligió para que le enseñe su culpa si usted al confesarme el crimen sabe cuál es su responsabilidad? Percibo que nuevamente aparece la disyuntiva crimen y castigo, escritores, filósofos y científicos legales han tratado el problema, sin embargo ahora estoy frente al caso con una ventaja tal vez por tener el crimen y al criminal expuestos ante mí, sin teorías previas ni papeles que revisar, sino con los acontecimientos crudos relatados por el propio autor sin ninguna presión quiero decirle, señor Harry, que el asesinato de la enfermera es un hecho cotidiano, asesinatos ocurren a cada momento en las sociedades actuales, por lo tanto no tiene ninguna espectacularidad que una mujer haya muerto a raíz de la violencia de un hombre; una estadística que acabo de leer acerca del número de mujeres muertas diariamente indicaba que cada 5 horas una mujer es asesinada, esto lo absuelve por completo de responsabilidades, ya que usted no hace más que repetir ejecuciones pasionales que lamentablemente ocurren como dicen las estadísticas, cada 5 horas. Lo que sí es macabro y horroroso es la forma como le dio muerte, su alevosía, su incomprensión para con la vida de los demás, su brutalidad lo hacen a usted un sujeto público, un ser que causa pánico en la población, en otras palabras un mal social que es retratado y difundido en la prensa para provocar miedo entre los habitantes. Esto último tiene castigo, pero no un castigo silencioso, por el contrario su castigo será público y corregirá un grave mal social, las autoridades quieren extirparlo, desaparecerlo, mire... le explico, si usted vive en un departamento donde se filtra la llave del lavamanos, eso es un problema particular, sin embargo si a la ciudad entera se le filtra la llave del lavamanos ese es un problema social que la autoridad debe corregir y siempre lo hace publicitando las estrategias que utiliza para castigar a los responsables y el castigo siempre tiende a ser «ejemplar», pongo énfasis en lo último porque siempre se cree que por el castigo empleado

nunca más volverá a ocurrir lo ocurrido. Señor Harry, entienda ahora en qué posición se encuentra. Quise ser lo bastante claro en mi exposición no quiero que usted tenga duda acerca del castigo que la sociedad le proporcionará, el crimen es un evento que repercute negativamente en la vida social, por eso es probable que muera en el mismo pabellón que dio muerte a la enfermera, no veo otra salida...

«Señor Holmes, usted sabe que el crimen estaba escrito y también sabe que usted fue enviado no para encontrar al culpable, sino para explayarse sobre la difícil teoría de la culpabilidad, que según sé es uno de los temas que más le apasiona, quiero decirle que entiendo que fui elegido como conejillo de indias, pero sus planes teóricos nunca podrán ser ejecutados, no permitiré que me usen sólo para experimentar una teoría, yo no pagaré un crimen que jamás quise ejecutar, señor Holmes, se lo advierto, no pagaré por algo que no quería hacer y que hice movido por fuerzas extrañas asociadas a círculos internacionales de literatura. ¿Sabía usted que lo puedo acusar de mafioso, de tráfico literario? Quiero que me ayude, no quiero morir como murió la enfermera fue realmente atroz, usted no lo permitirá ¿no cierto? «Quisiera decirle que no, señor Harry, pero es imposible, usted lo ha dicho, estaba escrito, quizás en el relato de un escritor joven de tercera, pero aun así estaba escrito. Ahora, señor Harry, le recomiendo que se presente ante la policía; deje cerrada la puerta. Necesito descansar, el viaje ha sido agotador.

SE ACABO EL CARRETE

La plaza hoy se desocupó temprano. Fui a la cafetería que queda cerca de San Pablo con Maturana algo pasó, en la cortina de metal un letrero mal pegado o puesto a la rápida comunicaba que el local permanecerá cerrado por duelo hasta el próximo lunes. Me paré por más de media hora justo en la esquina de Huérfanos, no sabía dónde ir, saqué una agenda pequeña que llevo siempre cuando salgo en busca de algo entretenido. Revisé teléfonos, llegué al final del abecedario y comprendí que ya no tenía a quién llamar. Igual marqué el teléfono de una amiga que no veía hace años, supuse que podía ser una buena alternativa, el teléfono marcó ocupado, colgué. Decidí caminar por los bordes de la calle amenazando a los automóviles con lanzarme. Estiraba los brazos y en gesto de súplica parecía pedirles que me arrollaran, las bocinas y frenos empezaron a llenar el sitio de ruidos, ni la policía venía para apalea y encerrar a este sujeto medio loco que causaba problemas en la linealidad de la ciudad. No existía tráfico de palabras ni borrachos a quienes gritar algo de gramática de la contracultura, ni el Pedro

Mardones, ahora Lemebel estaba diciéndome «chico, este país es una mierda» Sólo vi caras rígidas pelos duros que se desplazaban seguros a direcciones fijas, percibí que todos tenían dónde ir. Los carretes ya no eran compartidos, se habían privatizado. La ciudad con sus paredes grises comenzaba a quedarse a solas no circulaba nadie ni se traficaba nada en esta noche de mayo. Los prostíbulos no encendieron sus luces de colores horribles *las niñas* ahora se desplazan a hoteles o a departamentos privados que se arriendan por horas a tipos que hay que llamar al número que aparece en los diarios. Miré largo rato cómo las aguas del Mapocho se iban al poniente de la ciudad, apoyé la espalda en un fierro oxidado encima de un *graffiti* que ya era imposible leer. Todo se hacía imposible esta noche. Subí a los miradores de Santiago en un taxi a pesar de las circunstancias sentía que no quería perderme nada, aunque nada hubiera, aunque todo funcionara en mi contra. Avanzamos lentamente entre los demás vehículos parejeros, quería detenerme ante los grupos para decirles que estaba solo, que necesitaba de ellos para seguir viviendo, menos mal que me repuse porque la idea era pésima, sin embargo fue lo único que pude imaginar en el momento. El taxista dijo que no podía seguir por lo malo del camino, sus palabras me llenaron de satisfacción ahora podríamos detenernos, observar la ciudad desde un mirador como si estuviera acompañado y entretenido. Le contesté que se detuviera en cualquier parte, miró espontáneamente el taxímetro con un gesto le di a entender que no se preocupara. La escena era similar a la de *Taxi Driver*, el sujeto arriba de un taxi en una calle de New York mirando cómo su mujer era penetrada por su amante el cuadro de placer salía por la ventana. En cambio ahora veo que la ciudad no es como quisiera, no escucho los gritos ni los quejidos, ni las luces relampagueantes de los avisos publicitarios se ven. Ya ni los *topless* existen. Le ordené al taxista que nos devolviéramos, el tipo se entusiasmó y bajó como en la montaña rusa la cumbre del mirador, le alargué mi dirección escrita en una tarjeta, ya no quise hablar.

POR LAS CALLES DE LA CIUDAD

En circunstancias anteriores coloqué la mirada en las hojas secas de parques románticos. En una conferencia sobre esta literatura alguien dijo esto, era alguien del público, incluso no se había sentado en primera fila, a todos les pareció que la frase graficaba bien a esa escritura. Insisto que no se sentó en primera fila, estuvo atrás, de ahí sacó su voz de mujer apestada, mientras las lecturas viajaban con ritmo de rock. *Generación*, quién dijo eso, no por favor, no existe claridad, generación, por qué

siempre tiene que aparecer nombrada. Insisto, se fue sola. Llevaba puesto un abrigo negro de plástico, caminó por Agustinas hacia el oriente, pasó Nataniel y no tomó locomoción, siguió hasta Ahumada tenía el pelo suelto, en el metro se observan sus ojos brillosos y la polera blanca con una imagen de «La Guerra de las Galaxias». Al salir del metro se detuvo en la esquina de Eliodoro Yáñez con Providencia miró la ex oficina del *Fondart* con la cara llena de risa, antes de llegar a Infante tiró el rollo con las fotos de la conferencia, subió. En el piso quinto la esperaban, discutieron por unos momentos hasta que él se marchó, del lado de un estante puso música suave, se desvestía sigilosa y preparaba un té para quedar frente al ventanal que daba con la soledad de Bilbao.

Muchos aceptaron que no conocían tan bien la literatura de los márgenes, que los autores no contribuyen en nada a su difusión, que los encuentros son escasos, alegaba una señora mal maquillada mientras parte del público se rendía ante sus palabras. Afuera el aire era frío la noche se colaba por las ropas de los paseantes, el cielo se movía sin dirección y una pareja concluía las frases con apretados besos que simbolizan un punto final. Nadie quiso responder a la pregunta sobre el tema del amor en esta literatura, el Marco Nata siempre preocupado de su puesto en una organización que tiene que ver con los libros, prefirió mirar el maldito techo del salón donde asomaba la tenue luz de focos armados para el evento, el pobre hombre que asesora la producción del encuentro había estado el día entero consiguiendo maestros, cables, escaleras y ahora los invitados no pescan, prefieren mirar los vasos sin agua. El Segundo Salinas se queja del bajo nivel de las intervenciones, le quiere dar un toque académico a sus palabras, se sienta sobre sus artículos aparecidos en revistas especializadas y que nadie lee. Juan Carlos Pizarro poeta bizantino por hacerse notar como siempre, pregunta tonteras. A cada momento se producen largos silencios. Afuera el cielo se pone negro junto a una calle negra, el Segundo Pardo quiere intervenir para ayudar a su colega que está en jaque lee una poesía coloquial unas minas de adelante ríen mostrando las piernas como si los textos las excitaran.

Insisto que no tomó ningún trago antes de bajar, caminó por la costanera ya no iba con su abrigo negro de plástico, se topó con un par de amigas frente a las Torres Tajamar. La convidaron a un departamento donde algo se haría. En el camino fumaron de todo, la música se escuchaba desde la avenida, unos compadres entusiasmados al ver mujeres sacaron el cuerpo hasta la mitad de la reja que protege el balcón. El edificio no era de espejos pero sí en el interior los colores grises podían reflejar perfectamente las siluetas de las cuatro mujeres que no se callaban ni dejaban de acomodarse las *pantys* y subirse los calzones antes de tocar. El dueño del departamento las recibió con un

trago en la mano y las invitó a dejar los bolsos al dormitorio. En la pieza un grupo tirado en la cama veía atentamente películas porno, las invitaron a lanzarse en esa masa de piernas que no dejaba de moverse al ritmo de las imágenes, bebieron el trago en silencio y volvieron a la sala donde ahora Los Prisioneros sonaban con «El baile de los que sobran» el compadre del departamento bailó solo como 5 temas. En la repisa había libros del Segundo Pardo, del Marco Nata y del Manuel Gómez Salas, *son textos de esos que... todavía no*. Quiso decir que venía de un encuentro, que las fotos, lo que expuse... pero del dormitorio salían fuertes quejidos junto a voces agitadas y risas.

Cuando el moderador agradecía a los participantes y al público asistente al evento, Manuel Gómez Salas levantó la mano para hablar, el moderador no pescó, el Gómez Salas tiró unas patadas y se quedó con el micrófono. «Señores este encuentro de escritores es una mierda, con las lecturas no pasa nada»; mientras hablaba bebía sorbos de agua, en poesía, «La Pérdida», «Hesos» y algo de un poeta que vende libros usados es todo lo rescatable y no hay más; en narrativa el Pedro Fung, un poco de Valparaíso y unos relatos de la ciudad que escribe un tipo en Santiago, lo otro son puras sugerencias, en novela, todavía no se escribe nada no se puede recomendar aún. El público después de escuchar atento pifió. Los libros que Gómez Salas recomendaba los levantó y parado encima del escritorio recibió las críticas, alguien tal vez con la intención de que esto acabara apagó las luces de los laterales, el moderador ya se había levantado y conversaba agitado con un grupo del público, unos afiches fueron rotos en la misma cara de Gómez Salas, éste dio gritos e insultó a todo lo que se le pusiera por delante. Lo trataron de tranquilizar pero fue peor patadas y golpes de puños a quien se atreviera a detenerlo. Estaba *heavy* toda la sala con los gritos, quedó la cagá, patadas entre todos, a las puertas, a los vidrios, a un foco.

Insisto que ella no quería lanzarse a la maraña de piernas ardientes que en el dormitorio parecían serpientes sedientas, mezclándose, dándose golpes y tocando el cuerpo de los otros con euforia. Ella, un poco retraída, sintió el cosquilleo que las imágenes de la pantalla querían producir a quien las viera. Se quitó los zapatos lento, sus amigas ya estaban enrolladas y sólo se veía una masa amorfa que daba vueltas y vueltas en la cama, la empujaron y comenzó a sentir calor, le dieron manotones y observó que su cuerpo se tatuaba de manos distintas que la recorrían, cuando en la escena se vio subir y bajar recordó a Gómez Salas que antes del encuentro la había invitado a beber cerveza en un bar cercano, que él llamaba picá, quería que estuviera Gómez Salas no para que le hiciera el amor sino para invitarlo a beber, quizás en una calle arrinconados bajo una mampara de una casona antigua de esas que

hay en Maturana, no por Irarrázaval, lo cierto es que daba lo mismo, beberían unas petacas de ron y luego medio borrachos llenarían de *graffitis* el frontis de un edificio nuevo, el departamento piloto sugiere ella, Gómez Salas lo llena de su arte corre al edificio viejo del frente y simulando un marco realiza la réplica, le dice que la calle con su basura en las cunetas produce el aire que le da equilibrio a su creación, beben más ron y con la boca llena de licor se besan e inician un lento descenso sobre una superficie de pasto completamente húmedo, nada sienten sus gestos son rudos y las palabras no logran articularse, le descubre los pechos rígidos por el frío de la calle Compañía, los muestra blancos a la noche negra de un día jueves y a un letrero de lata que decía «Plaza Brasil» y más abajo, «prohibido bañarse en la pileta». No le importó que Gómez Salas haya provocado un escándalo al terminar el encuentro ni menos que ahora no sea él el que la desnude en una cama compartida con diez más.